

No sé bien por qué a la hora de enfrentarme con el análisis de la actitud psicológica, tan peculiar, desprendida de nuestros concursos de arquitectura recuerdo el telegrama que Esteban Dedalus remite a su amigo Malaquías Mulligan en uno de los primeros capítulos de *Ulises*: "El sentimental es aquel que quería disfrutar sin asumir la inmensa deuda de la cosa hecha."

Al hilo de esta primera asociación, voy a intentar resumir mi personal visión de este fenómeno tan significativo, complejo y denso como es el de la arquitectura de concursos. Como primer paso podríamos referirnos a la caracterización juvenil (cronológica en el tiempo o espiritualmente temperamental, esto es obvio), que lleva implicado el hábito de la "concurrencia". Juvenil en cuanto a la lógica agresividad de una visión profesional entendida bajo un prisma combativo, juvenil en cuanto a la forzada canalización de energías en el único campo operativo posible para un recién llegado, desprovisto hasta el momento de un crédito, un prestigio, un historial, una solvencia, unos encargos en definitiva; juvenil en cuanto al romántico, idealista, polémico "approach" al hecho arquitectónico; juvenil en cuanto lo que, sutilmente, supone un concurso de evasión de un estilo realista, operativo (prácticamente cabría decir que el fracaso, la permanencia en el papel de todos los proyectos, menos uno, está garantizado en cualquier caso); juvenil, en definitiva, en lo que significa de aplazamiento, de toma de contacto paulatino con la realidad, de desfogue, de tercio de capa, incluso de ingenua generosidad en el derroche de energías ante una situación muy raramente compensadora...

Porque, en líneas generales, cabe decir, todos lo sabemos, que los concursos son una catástrofe... Pocos, muy pocos jalones de la moderna historia arquitectónica nacional e internacional han girado en torno a los concursos. Aquí mismo, en España, hemos podido contemplar una cadena de situaciones que fuera del prisma del humor tendrían muy difícil calificación... Y, sin embargo, la plataforma del concurso sigue disfrutando de una aureola sugestiva, atrayente...

Las razones de esta supervivencia son claras: en el fondo podrían resumirse en torno a la vasta serie de componentes juveniles que antes hemos intentado esbozar. Siempre habrá archi-

tectos jóvenes sin encargos y con necesidad, con urgencia, de darse a conocer en la única plataforma posible; siempre habrá en muchos de los mejores la pervivencia de esta componente estudiantil aventurera, olvidadiza y generosa; esa componente que siente que aún tiene algo que decir, algo que hasta el momento ha quedado en el terreno de las frustraciones; esa componente que ama el riesgo, que apuesta su corazón de artista en la ruleta administrativa...

Esta actitud psicológica configura de cualquier manera una arquitectura peculiar. El concurso, en lo que tiene de válvula de escape social para toda esa plataforma ambiciosa y sin resortes suficientes dentro del "establishment", posibilita absolutamente todo. He aquí el problema de dos situaciones enfrentadas: por un lado, las exigencias de control absoluto de la clase profesional dirigente o establecida, que nunca admitirá de buen grado en su seno a nuevos miembros, en los que siempre habrá de contemplar, taciturnamente, el riesgo real de una competencia económica; que nunca deseará compartir su situación privilegiada, tan tenazmente labrada y defendida. Una última observación sobre este primer apartado. Aquí el "prestigio profesional" tiene una acepción equívoca. Prestigio, en este caso, tiene poco que ver con la destreza destacada por la crítica arquitectónica; quiere decir relaciones sociales y comerciales, solvencia profesional, capacidad de organización, volumen de obra, continuidad desbordante en su gestión, plataforma económica elevada, poder en definitiva... La otra cara de la moneda nos la ofrecen las promociones generacionales dotadas de capacidad imaginativa y desprovistas de teclado social. Entre el primer prestigio y el segundo, es decir, el de un "approach" de coherencia profesional, eligen la segunda (de cualquier manera, este es un campo menos competitivo que el del prestigio económico), pero los problemas surgen ya de entrada. "El espíritu es fuerte, pero la carne débil." Falta experiencia, conocimiento, resoluciones constructivas, capacidad de realismo... El momento traumático del salto al ruedo profesional es realmente inquietante. Es el momento de los equipos, de las asociaciones, en las cuales es difícil no contemplar las exigencias de un miedo compartido ante un mundo desconocido en definitiva...



El concurso es muchas veces la tabla de salvación, el banco de pruebas de un espíritu estrenándose a sí mismo. La asociación sobre el telegrama de Dedalus no es totalmente justa desde el momento que contemplamos tantas veces la ausencia de encargos reales. Pero algo hay en esta situación, como un proceso paralelo en profundidad que inconscientemente comprueba la imprevención ante la resolución real de los programas brillantemente planteados. Junto a ello, siempre la carga polémica, la voluntad acumulatoria, desbordante, de un espíritu más perplejo de lo que parece en busca de seguridad interior. El concurso se nos revela entonces como la lejana posibilidad de resolución de tantas insatisfechas exigencias de un creador, como remota posibilidad de concreción de inconfesados augurios mesiánicos, como yunque abierto a todos los avatares menos probables, como canalización precisa de unas energías agresivas imposibles de encauzar dentro de una operatividad cotidiana... Hay algo narcisístico tan auto-complaciente y revelador como la firma en la arquitectura de concursos: el anhelo de un momento de gloria y autoconfirmación, el anhelo de consenso general a la más íntima de las evocaciones, fuera, completamente fuera, de las constantes transacciones de la vida real, siempre teñidas, siempre inmersas en las aguas del compromiso. He aquí, en mi entender, el aspecto más negativo, más aquejado de biología directa, de la actitud concursística, en lo que tiene de búsqueda desesperada de la formulación personal, intimista, de compensación de un sentido interno de frustración o incomprensión. Junto a ello lo que tiene de puerta falsa, de pasarela arriesgada hacia la soñada instalación definitiva en cualquiera de los respectivos asentamientos triunfales de la profesión, correspondientes a la propia, peculiar, psicología del éxito. Todo ello, la agresividad, la voluntad acumulativa propia del nacimiento artístico, la teórica falta de coerciones iniciales, el sentido de "oportunidad abierta al talento", el estímulo de la concurrencia, la posibilidad del "momento de gloria" (doméstica si se quiere, pero real), la oportunidad de victoria sobre los "consagrados", configura una actitud arquitectónica muy peculiar, de un radicalismo disociado muchas veces de la necesaria ponderación, de una exacerbación extraordinaria en los aspectos más afectos al polemismo, la brillantez, la distorsión, la "voluntad de estremecer" en definitiva... Raros serán los profesionales, como Le Corbusier, para los que un concurso sea un paso más, una oportunidad, no diferente de las otras, de continuar normalmente con el desarrollo de un pensamiento. En general, la literatura concursística da la impresión de soluciones tensas, exacerbadas, productos inflados, extremistas, un poco caricaturescos de la metodología normal. Predomina la impresión que un planteamiento distendido, normal, no conseguirá impresionar las mentes del jurado, carecerá de capacidad de impacto, convocatoria y atención. La solución revierte de esta manera en el procedimiento cartelístico unilateral, desequilibrado, forzosamente original, megafónico, quizá con la sospecha de que una convocatoria semejante no se plantearía para la búsqueda de un planteamiento cotidiano. Y las propuestas quedan, en general, muy resentidas de esa angustiosa exigencia de un clamor original, tantas veces reducida al epitelio, que pueda permitir el desbordamiento del resto de los competidores. Más aspectos inquietantes: la necesidad de dar constantemente la nota, de no decaer o dar la impresión de un decaimiento... Seguramente, en momentos, en épocas de seguridad espiri-

tual, la plataforma concursística podría ofrecer una vía concurrente teóricamente positiva. En nuestra época, claramente instalada en medio de la inestabilidad más integral, el resultado creo que es, en líneas generales, dramático.

Quizá los aspectos más positivos de la psicología concursística radiquen en su significado interno como estadios experimentales, especulativos, en el desarrollo de los estudios de arquitectura, en lo que pueden suponer de fermentación acelerada de un caudal de componentes gráficos que posteriormente habrán de decantarse dentro del más sosegado pulso del quehacer cotidiano. Abstracto el carácter experimental, indagador, creo que el balance se encuentra demasiado aquejado de las componentes negativas antes aludidas. Con la progresiva madurez, la cesura entre los niveles imaginativo y realista comienza a debilitarse. El concurso comienza a ser examinado como una entidad más próxima al quehacer de todos los días, la exigencia de expresión se debilita, los saltos lógicos disminuyen, el quehacer se vuelve más sereno, el realismo de una experiencia más dilatada comienza a inundar de una forma decisiva el sentido de las propuestas. En otras palabras: la aproximación entre los niveles imaginativos y operantes. En mi opinión, en la intensidad con que quedará resuelta esta antinomia entre imaginación y realidad radica el aliento crítico de la oposición entre la arquitectura concursística y la cotidiana. La historiografía moderna puede contemplar el movimiento sinusoidal en la alternancia de los períodos expresionistas con los racionales. En aquéllos la disociación será intensísima, mientras que en los segundos queda planteada la posibilidad de una síntesis. Recordemos al respecto las actitudes de Le Corbusier o Mies, y en España la desprendida de las tesis de Aizpurúa o José Luis Sert. Por el contrario, la fase expresionista de la posguerra española nos suministrará el ejemplo antitético: la demostración de un nivel imaginativo en donde, en medio de la desbordante destreza visual, quedaban concentradas toda la densa aureola de componentes psicológicas singulares: agresividad, frustración, formalismo, voluntad de sorpresa, culto del "éxito", apresuramiento, incluso un cierto "arrivismo", dentro siempre de un opresivo y fascinante clima de ilusionismo, de irrealidad. El proyecto utópico es un paso más en esta tendencia, pero de todas formas encubre una actitud más honrada y definitiva. El futurismo limita sus anhelos a la deliberación de la ruptura con el presente y a la autolimitación consciente al plano imaginativo. La disociación es apriorística, porque la realidad, como entidad del presente, es rechazada de antemano. El campo del expresionismo, espiritualmente juvenil, es más equivoco, más falaz psicológicamente. La disociación no es una premisa, sino el resultado de una metodología deficiente y quizá de una psicología demasiado encendida, demasiado apresurada, demasiado apegada a las tormentas del "aquí" y del "ahora" personal, como la proyección externa de situaciones particulares que, en definitiva, no tienen ninguna relación con las demandas planteadas. Terapia íntima del despertar de la creación, su adherencia a los contenidos sociales es prácticamente nula. Entre su planteamiento y el estrato sociológico de un tejido urbano necesitado de remodelación y cirugía realista surge casi siempre la interposición de una figura personal autocomplacida y autocontempladora, para quien la urgencia reside primordialmente en sí misma: la figura inmersa en el drama sentimental de su perplejidad ante la realidad, la figura espiritualmente adolescente del telegrama de Joyce.